

Pues bien, cristianos; así como el Arca de la Alianza, hermosa figura de este Sacramento, entrando en el caudaloso Jordán, retardó y aun detuvo el curso de las aguas del gran río, prodigio que hizo prorrumper al Profeta Rey en esta exclamación: *¿Qué tienes ¡oh Jordán! que te has vuelto atrás?*¹, así la frecuencia de la comunión es capaz, como felizmente lo experimentamos, de hacer cambiar el curso de la vida humana, conteniendo la corriente de los más inveterados hábitos del vicio, refrenando el agitado mar de las pasiones, transformando al pecador en santo.

10. Las más altas y delicadas virtudes son los frutos propios de este *árbol de la vida*, plantado en el Paraíso de la Iglesia para dar al hombre la inmortalidad después de darle la salud y el vigor de una indeficiente juventud². Bien puede compararse este divino Sacramento al otro árbol del Paraíso de que habla San Juan en el Apocalipsis³, el cual lleva doce frutos en los doce meses del año, esto es, la suma de todas las virtudes, pues todas ellas brotan lozanas del árbol benditísimo de la comunión⁴. Por ella dan todos los frutos de sus obras con perfección y perseverancia, de modo que, ni por ser continuas, dejan de ser nuevas; ni, por ser nuevas, cesan de ser continuas en el decurso de la vida. El mundo cristiano, acostumbrado como está á ver todos los días actos heroicos de caridad, paciencia y todas las virtudes, casi no para mientes en el árbol que las produce; pero nosotros sabemos muy bien que no es otro que la divina Eucaristía. El Verbo de Dios Encarnado y habitando entre nosotros para renovar con-

¹ Ps. 113, 5. ² Gen. 2, 9. ³ Apoc. 22, 2.

⁴ *La Puente*, Perfección en general tr. 4.

tinuamente los efectos de su admirable Encarnación, es quien santifica al hombre del pecado, haciendo brillar en la frente bañada con sangre divina la esplendorosa aureola de la santidad de Dios. Y, á pesar de tales y tan estupendas maravillas, ¡todavía se encuentra el mundo cubierto de sombras de abominación, como en los tiempos del ciego paganismo! Y nosotros mismos, carísimos oyentes, que tantas veces nos acercamos con gozo á la fuente del Salvador, al banquete de los ángeles, ¡todavía nos hallamos tan lejos del bello ideal de la santidad cristiana! ¡Acaso, acaso muchos de los que comulgan, no acaban nunca de verse libres del horrible contagio de la culpa! ¡Ah! roguemos fervorosamente al amable Salvador en estos días de solemne adoración, que se digne renovar entre nosotros los prodigios de Belén, transformándonos, como á los pastores y magos, de ciegos en iluminados, de débiles en fuertes, de pecadores en santos, dándonos así segura prenda de aquella eterna bienaventuranza que debe ser el único objeto de nuestros deseos. Así sea.

SERMÓN DÉCIMOCTAVO

(predicado en la parroquia de San Pedro de Bogotá, febrero de 1897).

La luz en las tinieblas.

Deus... dixit de tenebris lucem splendescere.
Dios... dijo que la luz brillase de en medio de las tinieblas.

² Cor. 4, 6.

1. Inclínados profundamente ante la autoridad de la palabra de Dios que resuena de continuo en nuestras almas, no vacilamos en prosternarnos también ante la

majestad del Verbo de Dios Encarnado y como reen-
carnado en el Sacramento de los altares. En efecto
¿quién puede admitir racionalmente la más ligera som-
bra de duda acerca de la realidad de la presencia de
Cristo bajo las místicas especies, cuando oye al mismo
Cristo, Hijo de Dios vivo¹, verdad y vida eterna², pro-
nunciar en voz clara y solemne estas sacramentales pa-
labras: *Esto que os doy, es mi cuerpo; y esto que os
brindo en el cáliz, es mi sangre*³; y: *lo que yo hago,
hacedlo también vosotros hasta la consumación de los
siglos*⁴? ¿Á qué hombre de sana razón no le basta para
asegurarse de la realidad de un hecho, cualquiera que
sea, la afirmación del mismo por boca de Dios? *Habló
Dios, y todas las cosas fueron hechas*⁵; porque *por la
palabra del Señor quedaron afianzados los cielos*, cuya
fuerza toda estriba en el aliento de la boca del Criador⁶.
Así, nuestra creencia reposa tranquila é incommovible en
el aliento de la boca de Cristo, más fuerte y poderoso
para afianzarla, que todos los huracanes de la humana
vocinglería para echarla por tierra. De no ser por la
virtud incontrastable de esa palabra divina, ¿cómo pu-
diera explicarse la fe de millones y millones de creyen-
tes, por el largo espacio de casi diezinueve siglos, en
un misterio, cual es la sagrada Eucaristía, tan superior
á todo el alcance de nuestra razón, ó, mejor dicho, tan
opuesto á todo lo que nos dicen los sentidos, cuyo tes-
timonio aceptaría la razón, si no se lo prohibiera la fe?
He ahí un hecho al parecer increíble y, sin embargo,
cierto é irrefragable, el cual no puede explicarse sino
por la verdad de ese otro hecho misterioso é incom-

¹ Io. 11, 27.² I Io. 5, 20.³ I Cor. 11, 24. 25.⁴ Luc. 22, 19.⁵ Ps. 32, 9.⁶ Ps. 32, 6.

preensible, la presencia real de Jesucristo en el Santísimo
Sacramento.

2. Con todo y ser esto verdad, no faltan nubes de
dificultades que, cruzando por el sereno cielo del es-
píritu, pugnan con la luz de la fe para oscurecer y de-
bilitar nuestra sagrada creencia. La razón humillada bajo
el peso de lo impenetrable pretende á veces sublevarse
y sacudir el yugo. La imaginación que ve cortadas
sus alas y cerrado el espacio por el muro de la fe di-
vina, siéntese como desesperada, y apoya en sus locas
pretensiones á la rebelada razón, presentándole con visos
de imposible y absurdo lo que ella no alcanza á con-
cebir. En fin, la pasión, de concierto con la imaginación
y la inteligencia descarriada, se pronuncia abiertamente
contra lo que la encadena y sujeta sus caprichos. De
aquí nacen las cavilaciones del sectario y las bruscas
objeciones del incrédulo, las cuales es preciso, hermanos
míos, rebatir, no sólo con nuestra humilde piedad y fe
inalterable, despreciando á los necios detractores de
nuestra santa religión, sino también, á ser posible, con
respuestas irrefutables á fin de hacerles palpar su atrevi-
miento é insensatez, como aconseja el Apóstol á Tito,
diciendo: *Es menester replicar á los seductores*¹. Y no
se crea que esto es imposible por tratarse de una ver-
dad ciertamente indemostrable á la razón; pues, para
responder victoriosamente á la falsa ciencia, bastaría sen-
tar la proposición siguiente: «No puede rechazarse la
presencia real por estar envuelta en las sombras del
misterio, porque en tal caso habría que rechazar otras
muchas irrefragables verdades, no menos oscuras que
aquella, relativas á Dios, al hombre y á la naturaleza.»

¹ Tit. 1, 11.

Y podría añadirse sin riesgo de ser desmentido: «Lo que la ciencia ha alcanzado á descubrir de las leyes naturales, lejos de aumentar las aparentes dificultades de la Eucaristía, tiende á desvanecerlas cada día más y más.»¹ He aquí lo que va á ocupar brevemente vuestra piadosa atención. Imploramos, etc. *Ave María.*

I.

3. Cuando vemos, hermanos míos, que una cosa tiene que ser de cierto modo, porque la razón así nos lo persuade, forzoso es admitir que la cosa es así, cualesquiera que sean las dificultades que se nos ocurran en contra. Á todas ellas respondemos: «Sea de esto lo que fuere, aquello no puede ser de otra manera: no lo entiendo, pero así es, ó la razón me engaña, y tendría yo que rechazar toda verdad, cayendo en el abismo de la negación y de la duda universal; y esto es lo imposible, esto lo verdaderamente absurdo. La dificultad, me digo finalmente, por más insondable que parezca, no debe estar en la cosa misma, sino en la limitación de mi capacidad intelectual: soy demasiado pequeño para abarcar tanta amplitud y grandeza de verdades.» Así discurre en tales casos (harto frecuentes) el buen sentido de la humanidad, y discurre cuerdamente porque nada hay en esta manera de pensar que no sea razonable. Veámoslo, en efecto, en cuestiones prácticas, como las siguientes. Sea la primera la naturaleza de Dios y de sus atributos. ¿Hay cosa más cierta que esta verdad: Dios existe? Evidentemente no la hay, porque el negar la existencia del Criador, ó ponerla en duda siquiera, así como es la más horrible impiedad, es tam-

¹ *Moigno*, Esplend. de la Fe tom. IV, cap. 31.

bién el mayor de los absurdos. Esto no necesita de pruebas; y, quien las exigiera seriamente, no estaría en aptitud de apreciarlas¹. Y reconocida la existencia del Ser infinito, no es menos necesario reconocer sus adorables é infinitas perfecciones, su bondad, sabiduría, poder, inmensidad, eternidad, etc., sin las cuales no sería Dios. ¿Qué hay, sin embargo, más oscuro ni más impenetrable al corto entendimiento humano que el Ser divino?² Y no que no puedan deducirse lógicamente de premisas ciertas sus principales atributos, sino que, afirmados éstos por la humana razón, de acuerdo con la fe, todavía queda un abismo de oscuridad ya sobre el modo de ser de estos mismos atributos en la esencia divina, ya sobre el modo de conciliarlos entre sí, pareciendo algunos contradictorios, verbigracia la libertad y la inmutabilidad, la presciencia y la bondad. Concebimos sin dificultad que Dios es infinitamente sabio; pero ¿podemos acaso comprender la extensión y profundidad de ese piélago de la ciencia divina, ni cómo Dios con un solo acto simplicísimo, como de una sola y rápida mirada, abarca su mismo ser y todos los seres que están fuera de Él existentes y posibles? ¿No hay aquí un hondo é inescrutable misterio que ningún sabio ha podido ni podrá descifrar? Y por eso, amados oyentes, ¿le disputaremos al Ser infinito su sabiduría? No, por cierto. Pues, viniendo al sacrosanto misterio que nos ocupa, yo creo y afirmo en virtud de la palabra terminante é infalible de la Verdad eterna, que Cristo está presente en la Hostia consagrada, todo entero en toda

¹ *Moigno* l. c. tom. IV, cap. 22.

² Es el misterio de los misterios, ante el cual todos los otros misterios y todas las objeciones se desvanecen (*Moigno* l. c. tom. IV, cap. 26). Iob 11, 8.

ella y en cada una de sus mínimas partículas, todo aquí y todo en innumerables puntos del globo donde se celebra el santo sacrificio y se consagra el pan y el vino. Mas ¿cómo se verifica este prodigio de la ubicuidad de Cristo sacramentado? ¿Cómo puede un solo cuerpo estar á la vez en innumerables lugares, en el cielo y en la tierra? Á esto responde el sentido común: También Dios está presente en todas partes por el atributo de su inmensidad¹; y ¿Dios se multiplica por eso en muchos dioses? y ¿deja de ser simplicísimo en su esencia por más que llene toda la extensión de los cielos y la tierra? Y luego ¿comprendo yo cómo está aquí Dios, dentro y fuera de mí, sin estrecharse ni mudarse ni sufrir agravio alguno? He aquí de qué manera nos vemos obligados á admitir una verdad á pesar del misterio que la envuelve. Pues no tiene más dificultad la verdad eucarística. Y lo que hemos deducido de la consideración del Ser divino, podemos también deducirlo de la inspección de nuestro propio ser, de la consideración del alma humana.

4. Nuestra alma es una sustancia simple, espiritual é inmortal, que anima é informa nuestro cuerpo. Estas son verdades de sentido común que ningún hombre sano y cuerdo se atrevería á desechar. Pero ¿no son también profundamente misteriosas? Conocemos por el sentido íntimo los actos y propiedades de nuestra alma; pero ¿sabemos por eso cuál es su íntima sustancia? Nos consta que es espíritu; pero, aunque definimos á éste, ¿llegamos á conocerle en su misma esencia? Y luego ¿son menos misteriosas las operaciones del alma? Cuán oscuras sean, pruébalo la dificultad que tienen los mayores

¹ Ier. 23, 24.

ingenios para explicarlas, los sistemas que para lograrlo han inventado los filósofos, y después de todo, lo poco que se alcanza con los más serios estudios psicológicos. La intelección ó acto de conocer es un misterio; no lo son menos el acto de querer libremente, el de recordar y sentir. ¿Qué diremos del modo maravilloso con que el alma informa y vivifica al cuerpo? Fácil cosa es inventar una fórmula para declararlo, pero muy difícil satisfacer con ella al espíritu investigador. Sabemos, finalmente, que el alma está toda en todo el cuerpo, y toda en cada partecita del organismo vivo; está en el ojo que ve, en el oído que oye, en la mano que toca. ¿Deja por esto de ser una y simple é indivisible? Siendo inextensa, ¿cómo se acomoda é iguala á la extensión? Si una mano se seca ó corta del cuerpo, el alma no se reduce á menos de lo que antes era; si el cuerpo crece, el alma lo ocupa sin dilatarse ni aumentarse. ¿No son éstos verdaderos misterios, carísimos hermanos? Y á pesar de serlo ¿dejamos de tenerlos por verdades positivas? Nada digo de tantos otros arcanos oscurísimos como encierra el corazón del hombre, conocidos únicamente de Dios¹, pues el hombre no se comprende á sí mismo; y paso á considerar algunos de los misterios de la naturaleza corpórea.

5. ¡Qué confusión, hermanos míos, para la soberbia razón humana! En un orden de cosas, situado al parecer bajo el dominio del hombre, cual es el de los cuerpos, es todavía tan profunda su ignorancia como en el de los espíritus. Aquí sí que pueden aplicarse aquellas palabras del sapientísimo libro de Job: *Coge Dios á los sabios en la astucia de ellos mismos, y disipa sus con-*

¹ Ps. 43, 22.

*sejos depravados: por el día discurrirán en tinieblas, y al mediodía andarán á tientas como á media noche*¹. Bien puede el Soberano Creador y Ordenador infinitamente sabio de todas las criaturas, burlarse amargamente de las ridículas y sacrílegas pretensiones de los hombres, deslumbrados con vislumbres de ciencia, apostrofándoles, como en otro tiempo al justo y piadoso Job: «Prepárate con todas tus luces para responderme. Díme: ¿dónde estabas tú cuando echaba yo los cimientos de la tierra? Dáme á entender en qué descansan sus sólidas bases, y quién puso su piedra angular.»² «¿Conoces el orden del cielo, y sus relaciones con la tierra? ¿por ventura gritarás en medio de la niebla, y la lluvia se desgajará sobre ti? ¿llamarás al rayo, y se te presentará al instante para que lo dispares?»³ Mucho se ponderan las luces, descubrimientos y progresos científicos de nuestro siglo; y, sin negarlos absolutamente, y aun exagerándolos cuanto se quiera, es lo cierto que no sólo el vulgo de los hombres ignoran el porqué de la mayor parte de los fenómenos de la naturaleza, pero aun los mismos oráculos de las ciencias naturales, y hasta los más presumidos ateos se ven obligados, en llegando á ciertos puntos trascendentales y decisivos, á confesar paladinamente su ignorancia, y hasta la imposibilidad de disiparla. Escuchad á uno de estos orgullosos sabios contemporáneos: «Frente á frente, dice, de los enigmas del mundo material, la Filosofía está habituada á pronunciar con una vigorosa energía (¡!) este antiguo veredicto escocés: *¡Lo ignoramos!*... Pero frente á frente de la cuestión: ¿Qué es la fuerza y la materia, y cómo dan nacimiento al

¹ Job 5, 13. 14.² Job 38, 3. 4. 6.³ Job 38, 33 sqq.

pensamiento (nuestro sabio es un crudo materialista), es preciso que una vez por todas se resigne á este otro veredicto, mucho más difícil de pronunciar: *¡Lo ignoraremos!*¹ ¡Qué confesión tan preciosa por lo ingenua!

6. Viniendo, cristianos, al punto que hace más al caso para el objeto que nos proponemos, si hay misterios impenetrables para la ciencia, son los que tienen por objeto la materia, su naturaleza y propiedades; y precisamente esto sería necesario conocer á fondo y claramente para tener derecho á declarar como imposibles los milagros eucarísticos. Porque ¿á qué se reducen estos milagros que tanto cuesta aceptar á la orgullosa razón? Bien lo sabéis, á los hechos siguientes: La transustanciación ó conversión de la sustancia del pan y del vino en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; la persistencia de los accidentes sin sujeto propio que los sustente; y, en fin, el modo de estar el cuerpo del Señor bajo las especies sacramentales con concentración, multilocación, etc. Todos estos hechos milagrosos se contienen en el hecho divinamente atestiguado de la presencia real. Según esto, hermanos míos, para tener derecho á decir que estos milagros son imposibles hasta para la omnipotencia, salta á la vista que sería necesario poseer el conocimiento cierto y evidente, 1º de la esencia de la materia y de la esencia del cuerpo, es decir, de lo que constituye su sustancia propia, la molécula; 2º de la naturaleza real de los accidentes ó propiedades de los mismos cuerpos; 3º de los diversos estados en los cuales puede existir un cuerpo, ya en sí mismo, ya con relación al tiempo, lugar, etc. Mientras no se conozca todo esto, ¿cómo podrá afirmarse

¹ *Du Bois-Reymond*, apud *Moigno* l. c.

que es absurdo lo que la fe nos enseña de la presencia de Cristo en el Sacramento? Pues bien, desengañaos los que tal vez tenéis una idea exagerada de las conquistas de la ciencia moderna; por confesión de los más sabios, todas las cosas arriba mencionadas son y serán incógnitas eternas, misterios inaccesibles á la razón¹: de donde resulta que ésta no puede rechazar la creencia católica sin desmentirse á sí misma. Tanto menos, cuanto que, como vamos á ver en seguida, y dejo anunciado en mi proposición, los progresos de las ciencias naturales tienden cada día más, según el sentir de autoridades incontestables, á desvanecer las supuestas imposibilidades del augusto misterio de la Eucaristía.

II.

7. Si hubiéramos de contentarnos, hermanos míos, con la contemplación sencilla de los admirables hechos del orden natural, sin abrigar pretensiones científicas de ninguna clase, como solían hacerlo nuestros mayores en aquellos tiempos en que la razón no impugnaba sistemáticamente á la fe, podríamos señalar muchos fenómenos vulgares como ejemplos del poder divino, por medio de los cuales ha querido Dios hacernos columbrar las maravillas eucarísticas. En este camino, como en todos los de la Teología, nos ha precedido y nos alumbra con su eminente ciencia y sutileza de ingenio, el Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino². Podríamos, verbi-gracia, para hacernos creíble el gran milagro de la transustanciación, reflexionar sobre esa otra transustanciación ordinaria que se verifica en nosotros mismos, y

¹ *Moigno* l. c. tom. IV, cap. 31.

² *Opusc.* 59, apud *Carthagera*.

mediante la cual se sustenta nuestra vida, cual es la conversión sustancial del alimento en nuestra carne y sangre. ¿Qué diremos de tantas otras conversiones sustanciales como se efectúan continuamente en la naturaleza? ¿Quién no sabe el vulgar axioma: «La corrupción de un cuerpo es la generación de otro»? Dejando, empero, estos ejemplos para las almas sencillas, y colocándonos por un momento en el terreno científico, por exigirlo así la condición de nuestra época, nos bastará observar que la ciencia moderna, en virtud de los descubrimientos hechos y observaciones multiplicadas, ha llegado á adquirir y formular, acerca de la naturaleza ó sustancia de los cuerpos, sus accidentes, estados y propiedades, ciertas nociones ó datos científicos admitidos hoy por los que justamente se apellidan sabios, que armonizan maravillosamente con las exigencias del misterio cristiano de la Eucaristía. No se crea por esto que el misterio pueda desaparecer algún día, llegando á explicarse naturalmente, como se explican otros hechos naturales tenidos antes por milagros ó misterios; no, ciertamente, porque tal pretensión sería temeraria y absurda. La Eucaristía será siempre y eternamente el *mayor de los milagros* obrados por nuestro Señor Jesucristo¹, ni dejará nunca de ser incomprensible, por más que la ciencia de la naturaleza avance en sus descubrimientos. Lo único que nosotros pretendemos y necesitamos para vindicar nuestra fe de la necia acusación de contradecir á la verdad conocida, es mostrar que, lejos de estar en conflicto, están de acuerdo la fe y la ciencia, como quiera que los datos científicos, en lugar de aumentar la dificultad de creer, la disminuyen, justi-

¹ *Miraculorum ab ipso factorum maximum (S. Thom.)*.

ficando y apoyando nuestro dogma, hasta donde es posible.

8. Cuáles sean esos datos ó nociones de la verdadera ciencia que favorecen de algún modo la inteligencia de los misterios eucarísticos, difícil es exponerlo en una cátedra destinada á hablar al pueblo cristiano en general, ya por la índole del asunto, al parecer menos propio del púlpito que de la escuela, ya por la condición del auditorio que en su mayor parte no puede estar al tanto de estas materias ni de su lenguaje. Diré, sin embargo, lo que crea más adecuado á la capacidad general de los oyentes, esforzándome á exponerlo con la mayor claridad. La ciencia distingue perfectamente entre la sustancia ó esencia de los cuerpos y los accidentes de los mismos, y dice: *La sustancia del cuerpo no es de ninguna manera aquello que nos aparece en él, lo que vemos y tocamos, el volumen, el color, el gusto, etc.*¹ Como veis, hermanos míos, esta sola distinción nos conduce á no juzgar ligeramente de la naturaleza de las cosas por las apariencias de las mismas, verbigracia, de la existencia del pan por el color, sabor y demás accidentes que suelen acompañar esta sustancia, pero que no son ella misma, y que, por no serlo, podrían encontrarse sin ella, á lo menos por obra del poder divino. Compréndese, pues, que la distinción científica de sustancia y accidentes es muy favorable á la inteligencia del misterio de la Eucaristía que tan cuidadosamente la establece, distinguiendo entre la sustancia y los accidentes de pan y vino, la sustancia del cuerpo y sangre de Cristo y los accidentes de este mismo cuerpo y sangre. Sigamos adelante. La sustancia propiamente

¹ Moigno l. c.

dicha, ó aquello que constituye esencialmente los cuerpos, es una cosa invisible y como escondida en lo interior de los mismos, de donde resulta la oscuridad que la envuelve. Por eso están de acuerdo todas las escuelas en afirmar que nos es desconocida la esencia de la materia ó de los cuerpos. Ni hay instrumentos mecánicos ni análisis químicos que basten para llegar á sorprenderla. Lo más que la ciencia ha logrado averiguar es que los cuerpos compuestos, organizados ó inorgánicos, están formados de moléculas ó grupos de moléculas simples, y que los cuerpos simples ó elementales se forman de partículas de materia infinitamente pequeñas que se llaman átomos, puntos inextensos (por lo menos físicamente), idénticos los unos á los otros, inertes por sí mismos, pero dotados de fuerza y movimiento. De manera que la sustancia verdadera de los cuerpos se encuentra en las moléculas, las cuales no cambian de ningún modo con el estado del cuerpo; son las mismas, por ejemplo, en el agua sólida que en la líquida ó en la reducida á vapor. Pero ¿cuál es la magnitud ó volumen de estas moléculas? Es tal su pequeñez, amados oyentes, que excede á cuanto podemos imaginar. Millones de millones de moléculas caben en un espacio tan reducido como sería un milímetro cúbico de agua, y lo que es más portentoso aún, dentro del volumen de una sola molécula (por razón de la inextensión de los átomos) podrían caber los innumerables átomos ó moléculas de un cuerpo cualquiera, ¡qué digo! del mundo entero, interviniendo una fuerza superior¹.

9. No negaré que todo esto parece misterioso; pero es preciso convenir en que la ciencia así lo afirma. Y,

¹ Moigno l. c.

siendo así, ¿quién no ve cuánta luz arroja el misterio científico sobre el misterio sobrenatural? Supuesta esta teoría, al verificarse por virtud de las palabras de la consagración la transustanciación milagrosa, no hay repugnancia ninguna para concebir que permanezcan los accidentes ó propiedades físicas del pan y del vino, aunque estas sustancias hayan desaparecido; ni que las moléculas del cuerpo y de la sangre de Jesucristo estén en el espacio en donde antes estaban las moléculas del pan y del vino, aunque no aparezcan á nuestros sentidos los accidentes ó dimensiones del cuerpo vivo y animado del Señor. Siendo, como dejamos dicho, la sustancia de los cuerpos una cosa invisible, bien puede verificarse el cambio de una sustancia en otra sin que nuestros sentidos sean capaces de advertirlo. Tanto más que los efectos ejercidos por los cuerpos sobre nuestros sentidos, en opinión de la mayor parte de los sabios¹, pueden explicarse, no por las propiedades físicas de los mismos, sino por las propiedades esenciales de los átomos, la inextensión y la fuerza. De donde resulta igualmente que el cuerpo de Cristo sacramentado puede carecer de extensión ó cantidad y demás propiedades corpóreas, puesto que no son éstas esenciales á ningún cuerpo, aunque le sean naturales, pudiendo también estar como concentrado en un espacio casi indivisible, y no obstante estar allí con toda la distinción y orden de partes que pide el cuerpo humano. Explícase también, supuesto el milagro (como queda dicho), la multi-localización, ó existencia simultánea del cuerpo de Cristo en el cielo y en todas las hostias consagradas, pues no hay en esto mayor dificultad que en concebir toda

¹ Apud Moigno l. c.

la realidad del mismo cuerpo en cada una de las moléculas ó partículas de la sagrada forma.

10. Pero basta ya, hermanos míos, de una materia que, sobre ser tan delicada y sutil, podría tal vez distraernos de los piadosos afectos que exige nuestra devoción. Después de todo, ¿quién no admira la grandeza del saber y del poder de Dios en las obras de la creación, hasta en un grano de arena, en una semilla microscópica, en un invisible microbio? Pues, si en lo más vulgar y más pequeño ostenta el Criador tanta riqueza, ¿quién podrá vacilar ni un momento en admitir como ciertos y certísimos los portentosos efectos que la fe nos enseña se verifican en el más alto y magnífico de nuestros misterios, en el que puede llamarse la obra sobrenatural por excelencia? «Allí se ve el Verbo de Dios, dice un sabio y piadoso escritor contemporáneo¹, dominando sobre toda la creación, como un físico todopoderoso, que tuviera un derecho ilimitado de vida y muerte sobre todos los elementos sometidos á su acción soberana.» No resta, pues, hermanos míos, á la razón que no esté fatalmente trastornada, sino decir con la Iglesia: *Tantum ergo sacramentum veneremur cernui...*² Sí, veneremos con profunda reverencia de alma y cuerpo al Dios de las alturas oculto por amor bajo el velo de viles accidentes. Adoremos en el altar su bondad, sabiduría y poder infinitos. *Præstet fides supplementum...* La fe suplirá con sus luces el defecto de nuestros débiles sentidos. Ella hará que broten del corazón y los labios himnos de júbilo y bendición al Padre Soberano, al Hijo Unigénito y al Espíritu Santo, que aquí tienen magnífico trono donde refleja su gloria sempiterna. Así sea.

¹ Mgr. Landriot.

² Eccl. in offic. SS. Sacram.